

establecerse sino sobre el terreno que le era propio, esto es, apoyándose en los que habían creado la situación monárquica, en los conservadores, pensamiento muy lógico del Sr. Gutiérrez de Estrada, quien consideraba á ese partido como el fundador del Imperio mexicano, y único que pudiera atraerse sinceras adhesiones en Europa.

Este pensamiento ya lo había manifestado públicamente Gutiérrez de Estrada en el «Memorial Diplomatique.» No era bastante haber conquistado el principio monárquico y al Príncipe que se juzgaba más apropiado para que tal principio floreciese, sino que conociendo el país y habiendo anunciado desde 1840 lo que había de acontecer y lo que debería esperarse, creía el Sr. Gutiérrez estar en aptitud de saber qué clase de monarquía le convenía á México; pero en este asunto le acometían ideas alarmantes, previsiones que entristecían su corazón, fijo más en el porvenir que en el presente, según lo había manifestado al Barón de Pont, al despedirse de él en Miramar. El escollo sería inevitable y habría mucho que trabajar si Maximiliano seguía otro camino que el que indicaba el conocimiento de las cosas y de los hombres.

¿Qué papel vendría á desempeñar aquí el Sr. Gutiérrez de Estrada, en las circunstancias en que México se hallaba? No podía venir como cualquiera otro, pues que ninguno había concurrido y trabajado como él, á la obra que se realizaba; por otra parte, era necesario que se le hubiese expresado el deseo de que viniera y en este respecto el silencio había sido absoluto. ¿No era esto suficientemente expresivo? ¿y no debía conformar á ese silencio su actitud y su conducta? ¿ese silencio no podía interpretarse aplicado más bien á los principios que á la persona?

Consideraba el Sr. Gutiérrez como el mayor sacrificio que podría hacer, el volver á México, porque se habría de sospechar de la pureza en los motivos que habían constantemente sostenido en sus esfuerzos. Aceptar un puesto activo en México, en los momentos en que los principios políticos del Sr. Gutiérrez de Estrada no habían de ser rigurosamente aplicados, era para él un cargo muy pesado y una lucha muy penosa entre los afectos ardientes y respetuosos del hombre privado, y los imperiosos deberes del hombre político que tenía la convicción de que la suerte de México estaba invariablemente ligada al predominio de las ideas católicas residentes en las entrañas mismas del país, considerándolas el símbolo nacional y la fuerza del Estado. Otra vez, cuando parecía ser el sistema federativo, el deseo nacional, se había inclinado ante éste el Sr. Gutiérrez, quedándole fiel por haberle prestado juramento, abandonando el Ministerio antes que contribuir á su caída y abolición. Si venía el Sr. Gutiérrez sin carácter oficial, sería un obstáculo á pesar suyo, una dificultad, precisamente cuando deseaba el éxito, cualquiera que fuese el medio empleado en alcanzarlo. En ciertas situaciones, una fuerza ó un sacrificio que no ayudan acaban por dañar; en tales casos la abstención es legítima y necesaria.

El Sr. Gutiérrez de Estrada, no solamente había sufrido considerables pérdidas pecuniarias, en los valores que reconocía en sus haciendas de Pozos y anexas, sino que había tenido que disponer de los recursos de su familia y pasaba por gra-

ves dificultades pecuniarias, y justo es decir que el Sr. Arzobispo Labastida le auxilió en lo que le fué posible.

Al saber los obispos mexicanos que Maximiliano había resuelto venir, acordaron dirigirle una manifestación de gratitud, así como otra al Santo Padre pidiéndole bendiciones para los Emperadores, para la Iglesia mexicana y para toda la Nación, y fué designado para esa misión, por sus colegas, el obispo de Michoacán D. Clemente de Jesús Munguía.

Cuando pisaba Maximiliano el territorio de México, eran ya muchas las defecciones entre los republicanos, por temor, por falta de firmeza ó por buscar el medro personal, habiendo entre ellos algunos que habían ocupado cargos importantes y que á la hora suprema abandonaban la empresa que habían jurado sostener á todo trance. Los franceses admitían á cuantos abandonaban la causa republicana, cualquiera que hubiese sido su anterior conducta y aun se esforzaron en que fueran colocados en la administración presidida por la Regencia, en lo cual ésta no iba enteramente de acuerdo con Bazaine, que veía mal tal conducta, considerando á Almonte un falso partidario, disgustado también al ver que no era cierto el entusiasmo que decía tenían las poblaciones por el nuevo orden político, pues que al ocupar cualquiera población se encontraban los franceses que no había quien se prestara á desempeñar los cargos públicos y que muchos de los aliados de la Francia eran hasta bandidos como Tovar, Cermeño, Lozada y Chavez.

Sin desalentarse por las defecciones, continuaba el Sr. Juárez la organización de nuevas fuerzas, y su ministro de la guerra se empeñaba en la creación de un ejército que se recomendara por la disciplina y la constancia. Para evitar los inconvenientes de la falta de acción por las distancias largas, se delegaron amplias y determinadas facultades á varios de los generales republicanos; al general Uruga, en jefe del ejército del centro, se le concedieron atribuciones sin tasa en los ramos de hacienda y guerra, pudiendo ejercerlas en una vastísima parte de la República.

Designado Almonte lugar-teniente en el gobierno del Imperio, hasta que Maximiliano llegara al territorio de México, publicó la Regencia un Manifiesto en que aseguraba había hecho cosas notables en la administración pública desquiciada por el partido liberal. A la vez publicó Almonte una proclama, excitando á sus compatriotas á que obedecieran lealmente al nuevo monarca.

Empeñado Napoleon en la elevación de Maximiliano al trono que iba á levantar en México, se hizo saber á Mr. Dayton, ministro de los Estados Unidos en París, que el reconocimiento del nuevo Imperio por esa República aceleraría la desocupación del territorio mexicano. Dayton lo comunicó á Seward y este contestó: «que á juicio de los Estados Unidos el establecimiento permanente de un gobierno extranjero y monárquico en México, no era fácil ni deseable.» «Es también oportuno que Mr. Drouyn de L'huyes sepa, que los Estados Unidos continúan considerando á México como teatro de una guerra, que no ha terminado aún con la subversión del gobierno existente allí por mucho tiempo, con el que los Estados Unidos conservan relaciones de paz y sincera amistad, y que por tal motivo, los Es-

tados Unidos no están ahora en libertad para ocuparse de la cuestión de reconocer un gobierno que pueda sustituir á aquel, en las futuras contingencias de la guerra. A la vez que Mr. Seward dejaba su tradicional timidez, el Senado y la Cámara de Diputados de los Estados Unidos, daban muestras de su oposición á la Francia. El senador MacDougall presentaba unas proposiciones, señalando breve plazo para la retirada del ejército francés, en el concepto de que no efectuándola entrarían los Estados Unidos en guerra con la Francia, proposición que pasó á la Comisión de Relaciones Exteriores, siendo de notar que con este trámite se admitía ya á discusión ese asunto. En la Cámara de Diputados, Mr. Kasson hace una moción para que constara el desagrado con que los Estados Unidos veían la intervención francesa en México, proposición que fué aprobada.

Las demostraciones en los Estados Unidos contra la Intervención, crecían diariamente indicando la actitud imponente y resuelta de aquel pueblo. En la frontera entre los dos países, se hacían notables manifestaciones, apoyándolas el mayor general Herron y el brigadier general Hamilton, gobernador éste de Texas y comandante de la costa y frontera del mismo. En toda aquella parte fué distinguido con marcadas atenciones el Sr. José M. Iglesias, ministro de Justicia y Hacienda en el gobierno del Sr. Juárez; la vez que fué al puerto de Matamoros para asuntos del servicio público, le manifestaron los norte-americanos la buena voluntad que les animaba respecto del gobierno republicano en México. Fué obsequiado el Sr. Iglesias con frecuentes visitas, con paseos al campo y á las fortificaciones de Bronswille; expediciones en el Río Bravo hechas en vapores norte-americanos; colocación de la bandera mexicana en el lugar de honor; saludo con salvas de artillería al pasar el ministro juarista, y otros actos de cortesía y manifestaciones de aprecio que ninguna duda dejaban de la intención con que se hacían á un miembro del gobierno de Juárez, manifestando el sentimiento público dominante en aquella Nación, para auxiliar á los que aquí combatían la Intervención y el Imperio.

La Cámara de representantes de los Estados Unidos adoptó el 4 de Abril de 1864 por unanimidad, una resolución contra el reconocimiento de una monarquía en México, en los momentos en que Maximiliano aceptaba la corona. El gobierno de Washington se apresuró á prevenir á su ministro en Francia, que instruyese á este gobierno de que la Cámara había obrado por su propia iniciativa y que ese acto necesitaba, para revestir el carácter de legislativo, la sanción del Senado y la aprobación del Presidente de la República, el cual no pensaba apartarse de la política que había seguido hasta entonces. Cuando se presentó Mr. Dayton, el Ministro francés de negocios extranjeros le dijo: ¿Nos trae usted la paz ó la guerra? y al dar aquel las explicaciones de su gobierno, percibió la buena impresión que habían producido; entonces informó á Mr. Seward de que los comisionados del Sur en Europa, fundaban grandes esperanzas en una mala inteligencia con la Francia. Así pues, cuando llegó á México el Emperador Maximiliano, no fué reconocido por el gobierno de Washington, que continuó recibiendo como representante del gobierno de Juárez al individuo enviado por éste. En cambio, los gobiernos europeos reconocieron al gobierno presidido por Maximiliano.

CAPITULO DECIMOCTAVO.

Continúa la descripción del arribo de los Emperadores.—Solemne recepción en Orizaba.—Ceremonia de entregar las llaves de la ciudad.—Felicitaciones de las autoridades eclesiásticas y civiles.—Maximiliano se opone á que el pueblo tire de su carruaje.—Te Deum en la parroquia.—Rasgos democráticos de Maximiliano.—Felicitaciones y banquete.—Cansancio de los Monarcas.—Prolongan su permanencia en Orizaba.—Suben á caballo las cumbres de Acultzingo.—Continúan las ovaciones.—Solemne recepción en Puebla.—Fiestas para celebrarla.—Festejan en esa ciudad el cumpleaños de la Emperatriz.—Obsequios.—Preciosa espada ofrecida á Maximiliano.—Baile memorable.—Salen para Cholula, Huejotzingo y San Martín.—Costosa recepción hecha en México.—Entusiasmo que aquí muestran los imperialistas.—Sucesivas manifestaciones verificadas.—La capital se llena de forasteros.—Comisiones que salen á encontrar á los Emperadores.—Obsequios que se les dan.—Llegan los Emperadores al Santuario de Guadalupe.—Confieren allí con el marqués de Montholon.—Adornos en las calles de la capital.—Te Deum y felicitaciones.—Paseo, banquete y fuegos artificiales.—Hermosos salones improvisados en las calles de Plateros.—Visitas de los Emperadores á los establecimientos de beneficencia y las iglesias.—Gran victor de señoras.—La Regencia se retira desairada.—El general Almonte cae en desgracia.—El gobierno francés parecía haber conseguido sus fines.—Difícil situación de Maximiliano frente al general Bazaine.—Instrucciones del Mariscal Randón.—El Gobierno de Washington niega el *exequatur* á los cónsules del Imperio mexicano.

El 31 de Mayo (1864), al tercer día de haber llegado á Córdoba la comitiva Imperial, salió para Orizaba á las ocho de la mañana anunciándola el estallido del cañón; algunas músicas de los pueblos la siguieron hasta la garita de San José, continuando unidos á ella el Prefecto Político y otros individuos de la población. En Orizaba se formaron las tropas en la calle principal y porción de curiosos, á pié y á caballo, tomaron el camino de Escamela por la calzada de Santa Gertrudis. El Prefecto Político D. Ramón M. Seoane, acompañado del conde del Valle y otras personas, salió á encontrar á los Emperadores hasta la barranca de Villegas, punto intermedio entre Córdoba y Orizaba; poco después le siguió el alcalde municipal D. Albino Herrera para entregar á Maximiliano las llaves de la ciudad; también se habían levantado arcos con inscripciones y banderolas, en uno de ellos, al acabar la calle de Jalapilla, aparecía el escudo de armas del Imperio con el lema adoptado por Maximiliano: *Equidad en la Justicia*; á lo largo de la calle Principal levantaron postes cubiertos de ramaje y coronas de raíz de junco; así estaba también la calle de las Damas hasta la puerta de la parroquia. En el camino desde la Barranca de Villegas, habían levantado arcos los indígenas de los pueblos cercanos. Al frente de una vistosa cabalgata salió el Sr. José M. Bringas.

A las once entran á la ciudad varios carruajes conduciendo al conde y la condesa de Zichy, al de Bombelles y al marqués de Corio, que continuaron su viaje para Puebla y México. Los Emperadores se habían detenido para recibir felicitaciones y contestarlas. Terminada esta ceremonia en la Barranca, la comitiva imperial se puso en camino y fué recibiendo las ovaciones de los vecinos de los pue-